

JOSÉ MARTÍ: DEL LIBERALISMO AL DEMOCRATISMO ANTIIMPERIALISTA*

Isabel Monal^{1 2}

Resumen: Un número considerable de los autores que han estudiado seriamente el pensamiento martiano ha observado, con justeza, que en el mismo se presenta un proceso de gradual radicalización, que se mantuvo continuadamente a través de los años hasta su muerte. Algunos de estos estudiosos han tratado de ubicar de manera aproximada el período de la vida de Martí en que ésta evolución se hace más evidente, lo que permitirá precisar la época de su mayor madurez como pensador.

Palabras-clave: José Martí; liberalismo; antiimperialismo.

Abstract: A considerable number of the authors who have seriously studied Martian thought have rightly observed that there is a process of gradual radicalization, which continued continuously throughout the years until his death. Some of these scholars have tried to locate approximately the period of Martí's life in which this evolution becomes more evident, which will allow to specify the time of his greatest maturity as a thinker.

Key-words: José Martí; liberalisme; anti-imperialism.

*El desdén del vecino formidable, que no la conoce,
es el peligro mayor de nuestra América.
Los pueblos de América son más libres y prósperos
a medida que más se apartan de los Estados Unidos.*

José Martí

José Martí, salvo de versos y una novela, no llegó nunca a escribir un libro. No obstante, su extensa y prolífica labor de prosista llena varios volúmenes. Las expresiones que dejó de su pensamiento político y social ha habido que rastrearlas, dispersas, a lo largo de crónicas, artículos, discursos, cartas, etcétera. Aún así, podría afirmarse, sin temor a exagerar, que cada tarea que el Maestro llevó a cabo estaba permeada por su concepción de los problemas vitales que enfrentaba el hombre de su época, especialmente el de las dos Américas; si bien el trazo de los rasgos de su ideario político y social no es tarea fácil, debido a lo inorgánico y copioso del material.

Un número considerable de los autores que han estudiado seriamente el pensamiento martiano ha observado, con justeza, que en el mismo se presenta un proceso de gradual radicalización, que se mantuvo continuadamente a través de los años hasta su muerte. Algunos de estos estudiosos han tratado de ubicar de manera

* Escrito en el verano de 1969, se publicó por primera vez en *Casa de las Américas*, no. 76, de 1973. Una versión sintetizada de la tesis central apareció en el periódico *Granma*, en febrero de 1969, bajo el título de "José Martí: su experiencia en Estados Unidos". El texto completo ha sido reeditado en Cuba y publicado en Alemania (1981), México (1994), Francia (2003) y Egipto (2004). (Nota de I.M.)

¹ Profesora de Filosofía na Universidad de La Habana.

² Este artigo faz parte da Seção especial de homenagem aos 60 anos da Revolução Cubana, organizada por Paulo Douglas Barsotti (FGV-SP e IAP-SP); Angélica Lovatto (Unesp) e Luiz Bernardo Pericás (USP).

aproximada el período de la vida de Martí en que ésta evolución se hace más evidente, lo que permitirá precisar la época de su mayor madurez como pensador.

En general, cuando esta ubicación se intenta, se considera a los años de mediados de la década de los años 80, especialmente a los que siguen a 1885, como el momento en que la penetración analítica de Martí alcanzó su máxima agudeza y certidumbre. Pero el esfuerzo por precisar el momento del cambio no ha sido una preocupación frecuente en la mayoría de los autores. Antes bien, en los casos en que se ha intentado, eso no ha proseguido según las importantes derivaciones metodológicas que un planteamiento de este tipo implica si se quiere ser consecuente en el análisis.

Si se acepta el hecho de la radicalización en Martí, lo cual parece evidente a través de la lectura de sus obras, resulta entonces necesario trabajar el material en la forma en que esta afirmación demanda. De lo contrario, tal aseveración no pasaría de ser una cuestión puramente formal que conduciría a errores en la observación. Un tratamiento de la producción ideológica martiana que descuide la mencionada transformación no se diferenciaría de aquellos otros para los que ésta pasa inadvertida, para que la significación conceptual del cambio, que es en definitiva lo que cuenta, no se manifestaría.

En esto hay un doble error de apreciación teórica; uno de tipo metodológico y otro de tipo histórico.

El primero es producto de que no se extraen las consecuencias metodológicas que la aceptación de la presunta radicalización implica; y así, su repercusión en la valoración e interpretación teórica del pensamiento martiano queda escamoteada. La derivación de tipo histórico es necesaria porque resulta imprescindible, desde el punto de vista científico, intentar una explicación de las circunstancias y causas que determinaron el cambio, más o menos profundo, del ideario político y social de Martí. O lo que es lo mismo, la indagación del porqué de una ideología y de su evolución determinada.

En lo que se refiere a la primera consecuencia planteada, obliga a cuatro precisiones en el tratamiento metodológico de la producción teórico-social de Martí:

1. Determinar en qué consiste la radicalización, estableciendo el contenido y la unidad teórica de sus diversos aspectos, a la vez que se perfila el grado de profundidad alcanzado en la transformación.
2. Ubicar el momento o período en que esta transformación se produjo.
3. Aclarar en qué medida algunos aspectos o elementos de un período permanecen en la etapa que le sigue, lo que también obliga a fijar el nuevo sentido que éstos toman y la función que realizan dentro de la nueva unidad de concepción. Por ejemplo, su republicanismo y su antirracismo.
4. Comprender que, por consiguiente, el pensamiento martiano no puede ser tomado en una totalidad extratemporal, haciendo dejación de su variación interna. Así, su estudio debe entenderse y desarrollarse, fundamentalmente, sobre la base de lo que constituye el período de mayor penetración y acierto. La comprensión del conjunto del ideario del escritor cubano es, por supuesto, necesaria; pero esa percepción unitaria debe tener como eje del período de la madurez.

Resulta, pues, evidente que aquí se plantea un tratamiento diferente de la producción político-social de Martí. Veamos a dónde conduce.

A la luz de esta nueva perspectiva, el pensamiento de José Martí se dividiría en dos períodos claramente definibles. Un primer período caracterizado, en esencia, por el ideario del liberalismo, y un segundo que se proyecta como demócrata antimperialista con un cierto tono populista.

Asimismo, debe situarse entre junio de 1886 y noviembre de 1887 la época en que Martí superó su ideario anterior, para lanzarse a posiciones que muestran un análisis y un nivel de comprensión de los problemas sociales que, por su profundidad y adecuación, lo condujeron a una radicalización definitiva.¹

El primer período, liberalista, obedece a la influencia del 1789 francés y del pensamiento inglés de mediados del siglo xix, y es aquél en el que miraba con malos ojos el socialismo y sus defensores. En esta época el pensamiento martiano giraba en torno al problema de lo que debe ser un régimen liberal, cuyo modelo eran los Estados Unidos.

Al igual que la mayoría de los liberales radicales de aquella época, como Sarmiento, el pensador cubano creyó en el funcionamiento democrático de las instituciones norteamericanas. Aquella república se convirtió, entonces, en su ideal político, así como era el de otros hombres progresistas de Latinoamérica de la segunda mitad del siglo xx.

La problemática que preocupaba a Martí en ese período era cómo se lograba el establecimiento de una república, cómo institucionalizarla y cómo, en fin, mantener su funcionamiento democrático.

Es cierto que aquel joven revolucionario se inquietaba por el desarrollo y progreso de las naciones del sur del Río Grande, y que la liquidación del caudillismo y de las formas feudales de la tenencia de la tierra que lo sostenían, al ser considerados como los principales obstáculos a la instauración de las legítimas formas republicanas, fueron motivo de su inquietud perenne. Pero en aquellos momentos Martí no había llegado todavía – como lograría más adelante – a una comprensión de la especificidad latinoamericana ni de la necesidad de descubrir y arbitrar una manera propia de alcanzar los ideales republicanos.

Para Martí, entonces, la solución de América Latina podía ser resumida en gran medida en la fórmula “tierra e instrucción”. Claro que el problema de la tierra siguió siendo un motivo fundamental de preocupación para él en el segundo período; pero ya no sostendría, como lo hacía ahora, siguiendo la tradición rusoniana, la tesis de que la existencia de muchos pequeños propietarios privados era la solución más acertada. En general, en este instante, Martí configuraba el mundo ideal como un mundo de pequeños propietarios. Esta aspiración suya se entrelaza conceptualmente con su afirmación de la igualdad de las razas. Para él era necesario suprimir la marginación de los indios, negros y mestizos en el continente. Ayudarlos a elevarse era, pues, la vía humanitaria para hacerlos más felices.

Por otra parte, también se encuentra en Martí, en este período, un pensamiento antianexionista y de denuncia de las aspiraciones de los Estados Unidos con respecto al Sur, en general, y a Cuba en particular. Pero su coherente ideario antiimperialista, tal y como lo entendemos hoy, a partir de sus últimos escritos de fundamento racional-económico, no estaba todavía presente.

El período que antecede a 1886 podría subdividirse, quizás, en dos etapas. Una primera etapa que comprendería los años juveniles, fogosos y hasta ingenuos. La visión de Martí de los problemas sociales en esta etapa dependía, en gran medida, de su personal experiencia española y latinoamericana; por lo tanto, el sector de los problemas que le preocupan era limitado. Sus escritos estaban más impulsados por la emoción del momento que por el sólido análisis. Hay, sin duda, escaso fundamento racional; o éste se encuentra a menudo opacado por la emotividad y la pasión. Su juicio sobre muchas de las cosas que iba viendo en América Latina es a veces superficial;

y tiende, en consecuencia, a exagerar la importancia que ciertas medidas políticas o económicas tenían para el desarrollo del continente. Algunos de esos artículos sobre Guatemala y México son muestras de este tipo de reacción. Finalmente, hay que tener presente que todavía no había descubierto la existencia de las antagónicas clases sociales, descubrimiento que, desde el mismo momento en que aparece, obtendría por su parte una interpretación y un manejo muy particulares.

La segunda etapa del primer período ofrece un Martí que empieza a dar señales de la formidable enseñanza que, a largo plazo, significó su estancia en los Estados Unidos, en una época de tremendas convulsiones sociales. Estos primeros seis años escudriñando en los acontecimientos políticos diarios de aquel intenso país, no conmovieron al liberalismo; pero sirvieron, no obstante, para mostrarle la existencia de elementos nocivos dentro del sistema social en el que todavía creía. Así, se dio cuenta de las manifestaciones evidentes de corrupción que ya se exteriorizaban; y las señaló, como demuestran, entre otras cosas, sus comentarios sobre los procesos electorales, aunque ello no impidió que la idealización de los Estados Unidos prosiguiera manifestándose. En este punto, sin embargo, hay que comprender que su imagen del país no era más que la expresión de un espejismo más profundo: el ilusionismo de tipo teórico.

Todavía se aferraba Martí a la idea del funcionamiento de la sociedad que se suponía que había llevado al máximo de perfección las tesis del liberalismo de las tradiciones francesas o inglesas. Y, con eso, sobrevivía la defensa de las doctrinas económicas del *laissez faire* y del pensamiento premonopolista.

Hasta que Martí no comprendió, un poco después, que la sociedad norteamericana sufría un profundo proceso de cambio, no entendió tampoco que el país de Jefferson iba teniendo poco que ver con la sociedad anterior de la guerra de Secesión. Este hecho traía como consecuencia que, a pesar de las críticas a la corrupción, sus juicios no llegaban a captar el fondo del proceso. Así, por ejemplo, insistió de manera continuada en culpar desmesuradamente al régimen proteccionista establecido por el gobierno, por la mala situación económica en general, y por la miseria de los trabajadores en particular.

No obstante las Escenas norteamericanas de los primeros años de la década de 1880, muestran un análisis más sobrio y mejor dirigido que el de otros artículos anteriores. Pero, además, exteriorizan que ya Martí se había percatado del conflicto de las clases sociales. Esto último no implicaba, sin embargo, la aceptación de las doctrinas socialistas respecto al problema clasista. En este sentido, insistía en la necesidad de la moderación por parte de las diversas clases enfrascadas en el conflicto y, consecuentemente, no escatimó las críticas que iban dirigidas, por igual, a obreros y capitalistas. En su opinión, ambos grupos se excedían. Pensaba, ingenuamente, que mientras menos se hablara de clases mejor sería, y que con mayor facilidad podrían paliarse sus contradicciones.ⁱⁱ Su desorientación en este orden de cosas alcanzó el punto extremo en su primera crónica sobre los sucesos de Haymarket,ⁱⁱⁱ en Chicago, donde se mostró tremendamente desaprobatorio hacia los socialistas y anarquistas.

No obstante, hay que reconocer que estos grupos eran en cierta medida responsables de la incompreensión que despertaban alrededor suyo. El propio Federico Engels comentaba en 1886 la incapacidad de los grupos socialistas de los europeos residentes en los Estados Unidos para adaptarse a la nueva situación, al punto de que casi ninguno de ellos hablaba el idioma del país. En consecuencia, continuaba Engels, se mantenían alejados de las masas y funcionaban como secta aparte; lo cual obligaba a las masas norteamericanas a buscar su propio camino fuera del socialismo, al cual sentían como algo extranjero.

Pero Martí era un hombre justo, e interesado en el bienestar del pueblo. De ahí que, a la muerte de Carlos Marx, no vacilara en dedicar un comentario elogioso y de simpatía al esfuerzo del genio alemán por defender la causa de los pobres.^{iv} Lo que no le impidió, a su vez matizar adecuadamente sus diferencias conceptuadas con él.

Junto a la loa está la aclaración oportuna contra el atizamiento de las luchas de clases y a favor, por el contrario, de dejar que el proceso social evoluciones de manera “natural”.

Martí iba creciendo ideológicamente a medida que su experiencia vital con las luchas sociales lo obligaba a una revisión constante de su instrumental teórico para interpretarlas y comprenderlas. En este esfuerzo en que la crítica recurrente a su propia concepción iba induciéndolo a nuevas búsquedas y soluciones, el período que va de julio de 1886 a noviembre de 1887 marca el momento de un viraje significativo en sus concepciones políticas y sociales. A lo largo de este año y medio, la óptica teórica de Martí se modificó notablemente, y su pensamiento avanzó, radicalizándose, hacia posiciones de democratismo antiimperialista y de cierto sabor populista.

Tres artículos de las Escenas norteamericanas son indicadores bien definidos de otros tantos avances teóricos hacia las nuevas posiciones.

El primero de estos trabajos, “Nueva York en junio”, pone al descubierto un Martí que se identificaba con las ideas de Henry George, sostenidas por otros reformistas norteamericanos también influidos por el economista californiano, y según las cuales la propiedad de la tierra es la fuente de toda propiedad y su acumulación la causa que da lugar a las corporaciones inmensas de capital que acarrear la miseria obrera.^v Esta afirmación, que a partir de dicho artículo se repetirá continuadamente a lo largo de un buen número de las crónicas siguientes, es de la mayor importancia para comprender la evolución que comienza a sufrir el pensamiento martiano. Tal propensión a poner el énfasis fundamental del equilibrio social en la forma de propiedad de la tierra es muestra clave del tinte populista (como ideología) que empieza a colorear el ideario del libertador cubano.

A pesar de la radicalización que semejante idea significaba, Martí no se volvía con simpatía hacia el socialismo y mantenía su incompreensión de las luchas obreras, como se deduce de una crónica posterior (“El proceso de los siete anarquistas de Chicago”), en que responsabilizó acremente a los obreros por los desórdenes y muertos callejeros de las últimas huelgas.

“El cisma de los católicos en Nueva York”, marcó un punto importante en el proceso de modificación interna que sufrió la ideología martiana. Aquí, comparó la labor en las ciencias sociales de Henry George, cuyo *Progress and Poverty* devino una especie de Biblia de transformación social, con la tarea desarrollada por Darwin en las ciencias naturales. Hay que desentrañar en toda su significación esta afirmación, así como la defensa del padre McGlynn que contiene el artículo, quien era hostigado, en aquel momento, por la jerarquía eclesiástica. Ambas cuestiones son inseparables, porque el sacerdote desafiaba a su iglesia, al participar en la campaña electoral de la ciudad de Nueva York, promoviendo la elección de Henry George a la alcaldía, como candidato del recientemente constituido United Labor Party.

Sólo una visión superficial puede limitar el alcance de esta crónica de Martí a la expresión, muy lúcida por cierto, de su anticlericalismo y de su sincera religiosidad. El fondo del problema está en poner sobre todo de relieve qué le criticaba Martí a la jerarquía eclesiástica y el porqué de ese alegato apasionado por el padre rebelde.

Defendía ante todo el revolucionario cubano no sólo el derecho de un sacerdote a ponerse del lado de los pobres, sino también el deber de obrar en esa forma. Y no otra cosa había hecho el padre McGlynn cuando hacía abierta campaña en apoyo de George y de su partido.

Martí señalaba en este partido la unión de las fuerzas progresistas y reformadoras defensoras del proletariado y demás sectores explotados de la sociedad. El United Labor Party, como se sabe, significó la unión de grupos de diversas tendencias políticas de izquierda. En él estaban desde los socialistas marxistas^{vi} hasta los católicos reformadores; e incluía a los Labor Unions, los Knights of Labor y a figuras como Samuel Gompers. El programa

del partido había sido redactado por el propio George y era, en consecuencia, la expresión de su ideario. El apoyo de McGlynn a su candidatura tenía, pues, toda la connotación de la identificación con una concepción social, y ésta no era otra, claro está, que la del hombre que Martí ponía casi a la altura de Carlos Darwin.

No hay que asombrarse de dicha apreciación de nuestro Maestro. En esta época y aún en décadas posteriores, como se sabe, la influencia y el prestigio de Henry George eran muy grandes, no sólo en los Estados Unidos sino también en el extranjero. Su *Progress and Poverty* se editó y se vendió por millares; llegando a alcanzar la cifra de alrededor de dos millones de ejemplares. Grupos y organizaciones seguidores de su autor se formaron en diversas partes del mundo. En Irlanda, donde se dio un movimiento agrario influido por George, se le dio cálida bienvenida a su tesis a favor de la nacionalización de la tierra, que tenía su antigua tradición en el país. Algo similar ocurrió en Inglaterra y Escocia. Tampoco en España se dejó de sentir el eco de su mensaje. El mismo Darwin comentó su obra; y Bernard Shaw saludó con efusión su doctrina que brindaba un nexo entre la cuestión de la tierra y la cuestión obrera (de ahí que el socialismo fabiano también mostrara las huellas del pensador norteamericano). Tolstoi, por su parte, le leyó a sus campesinos las páginas de *Progress and Poverty*. Y Sun Yat Sen, años después, partía de los planteamientos georgistas a la hora de esbozar su programa revolucionario agrario. Naturalmente, no sólo el populismo del gran demócrata chino bebió del texto de George sino que también el específico populismo ruso estuvo influido por él. Y ni qué decir habría que el movimiento populista norteamericano consideró oportuno que sus simpatizantes leyera la nueva Biblia del agrarismo. La lista sería interminable: científicos, literarios, estadistas, pensadores; George se convirtió en una lectura obligada ya fuera para apoyarlo o para criticarlo.vii

El propio Carlos Marx que, en carta a Sorge, fustigó duramente la teoría del economista sureño, no dejaba de reconocer que era el primer intento, aunque fallido, de emanciparse de la economía política ortodoxa. (Hay que recordar que *Progress and Poverty* fue publicado antes que la edición inglesa de *El Capital*).

La admiración de Martí no era, pues, insólita. Por eso, claro está, no nos explica la verdadera significación de su identificación con el agrarismo georgista. Para ello es necesario entender que la comparación con Darwin no es una simple frase. El contexto que da la crónica, así como el conjunto de afirmaciones que desde entonces permean los escritos martianos, apuntan hacia otras repercusiones. No se puede ver en semejante aseveración una simple expresión de admiración por un hombre que a su juicio había abrazado la causa de los explotados. Éste fue también el caso con Marx y, sin embargo, Martí se esforzó en definir sus diferencias con el fundador del socialismo científico. Ahora no hay aclaraciones, ni tampoco las habrá en el resto de las crónicas. Su aceptación de algunas tesis centrales del georgismo, en tanto que teoría social y económica, no debe dejar lugar a dudas. Aunque, es bueno destacarlo, no se debe entender el ideario martiano como una simple asimilación de las doctrinas de George, ni concluir que esa asimilación abarca la teoría en todos sus aspectos. Se trata solamente de ubicar esta influencia como un elemento importante de la coloración populista que incidió en su pensamiento. Por cuanto la aceptación de la tesis de que el problema de la tierra es el que nos da el hilo conductor de la maraña social y nos permite entender las raíces de los conflictos y desequilibrios sociales, implica un punto esencial de identificación de la concepción populista.

Pero “El cisma de los católicos en Nueva York” también trae otros avances. A partir de este trabajo, Martí dejó de juzgar tan acremente, como venía haciéndolo, al proletariado norteamericano; y comenzó a afirmar la tesis, que más adelante expondría, de que los Estados Unidos se había convertido en el centro de una crisis social de extensión muy vasta que provocaría que ese país se convirtiera en el lugar donde dicha crisis encontraría su solución.

Sería un profundo error pensar que Martí hablaba en estas crónicas solamente de los Estados Unidos. De hecho había empezado a someter a severa crítica todo un sistema social que en aquel país encontraba su expresión

concreta. Más aún, un nuevo conjunto de problemas devino el centro de su atención, como lo demuestra su esfuerzo por explicar qué estaba ocurriendo y a dónde conducían los fenómenos que observaba. Para él, el democratismo y la interpretación de tono populista de raíz georginana resultó ser la más acertada.

En último término, “Un drama terrible” es el tercer indicador dentro de este año y medio de transformación teórica que sufría Martí. Si en las dos crónicas anteriores se asomaba la tendencia populista, aquí sobre todo se afianza su democratismo popular. A partir de este segundo artículo sobre los sucesos de Chicago, abandonó Martí su actitud antisocialista para mostrar evidente simpatía hacia las luchas del proletariado y su causa y hacia la necesidad de un partido que los representara y defendiera. Claro que esto no quiere decir, y sería un error burdo creerlo, que llegó a abrazar el ideario de las causas socialistas. De lo que se trata es de advertir cómo su propia actitud, de diáfana expresión democrática y de inclinación popular, lo condujo a una posición de unidad con fuerzas también radicales, con las cuales creyó que había de contarse para construir el partido de los trabajadores.viii

Pero “Un drama terrible” marcó también una importante diferencia teórica e ideológica con Henry George. El economista californiano había roto con los socialistas y desde entonces mantuvo una actitud de alejamiento hacia ellos. Su acercamiento había sido sólo táctico y coyuntural; mientras que en Martí era la muestra de una evolución más profunda. Por ello, el hecho de que mantuvieran diferentes actitudes frente al proceso de los anarquistas en Chicago es la expresión de una discrepancia más profunda. En este sentido, Martí fue un pensador más radical y consecuente. Y la ligazón entre el problema agrario y el obrero tiene en él una proyección ideológica que lo hace más consecuente y avanzado que a George, al menos en cuanto a sus respectivos idearios políticos y sociales se refiere. En ello puede verse, además, una muestra de que el aliento popular y democrático es más pujante en Martí que en George.

Podría considerarse, sin que faltase totalmente razón, que, en definitiva, la evolución del patriota cubano hacia posiciones más tajantes se dio en un proceso continuado, imposible de situar en un momento determinado. Y esto sería cierto si tal radicalización se hubiese mantenido dentro de un mismo marco teórico. En lo que se ha considerado como su primer período se ha hecho evidente una trayectoria de progresivo avance. Pero todo ese movimiento se ha mantenido dentro de los límites del ideario del liberalismo. Es decir, la evolución martiana no había excedido, entonces, una cierta unidad conceptual. Era un movimiento que se mantenía dentro de la problemática y la solución liberal. Ahora, las nuevas experiencias sociales lo lanzaron a la necesidad de sustituirlo por el que parecía más adecuado para enfrentar los nuevos problemas que se planteaba: no bastaba aspirar a una república, sino que se hacía necesario aspirar y garantizar una república de tipo popular.

Su maduración lo había llevado hacia un democratismo de perfil revolucionario y sesgo populista que, junto con su antimperialismo —que desarrollará más profundamente a partir del 89—, se encontrará desde entonces definiendo su producción política y social.

A través de esta concepción Martí buscaba especialmente, como su objetivo central, igualdad y justicia social para las amplias masas populares. (En general, se inclinaba a favor de los pobres y los humildes, como un todo al que se oponía, en el caso de los Estados Unidos, una élite oligárquica y explotadora).

La incidencia del cierto tono populista en su nuevo ideario se caracterizaba, en primer lugar, por ver en la cuestión de la tierra la clave de la problemática social y concluir, en consecuencia, que la solución del problema agrario (agrarismo) era el punto de partida para la solución de los males sociales. En otras palabras, el equilibrio dependía del sistema de propiedad y distribución del suelo. Así, una distribución desigual de los bienes naturales, como ocurría en los Estados Unidos, daba lugar, a través de los mecanismos económicos establecidos, a los grandes conflictos sociales de los que él mismo era testigo. Esta tesis no sólo se encuentra en varias de sus Escenas

norteamericanas después de julio de 1886, sino que también aparece, por ejemplo, en un artículo de Patria publicado en mayo de 1892.^x

Claro que el énfasis en la cuestión agraria no es nuevo en la producción teórica martiana. Con frecuencia esta preocupación aparece en algunos de sus trabajos del primer período. Pero el enfoque que los caracteriza es, como bien han observado diversos autores, fisiocrático. En sus años de madurez la visión, como se aprecia, es otra; y otra también la solución.

La tierra era para Martí un bien público y como tal debía de pertenecer a la nación. De ahí que abrazara la tesis georgista de la nacionalización de la tierra, como forma de liquidar los monopolios injustos, y para evitar, asimismo, que pudieran resurgir en el futuro, si se mantenía el suelo como propiedad privada. Cada cual debía usufructuar sólo aquella porción que trabajara. Y no sólo la tierra debía ser, a juicio del patriota cubano, nacionalizada: “los derechos públicos, las vías públicas, las propiedades públicas, no debían ser cedidas en propiedad a empresas privadas”.^{xi} En síntesis, a lo populista, Martí veía en las particularidades de la política agraria las causas que habían producido el desorden social.

En segundo lugar, la presencia del populismo se manifestaba en el anticapitalismo subjetivo y en la añoranza, en el caso del país norteño, de la antigua sociedad agrarista de la época de Jefferson. En este sentido Martí veía el avance del capitalismo norteamericano de la etapa de las grandes corporaciones como un fenómeno de decadencia; mientras que, por el contrario, la vieja república, aquella en que no se habían levantado todavía las grandes industrias modernas ni los monopolios, quedaba idealizada a sus ojos.

Sus juicios económicos y políticos eran muy críticos del tipo de capitalismo que imperaba en los Estados Unidos —el capitalismo monopolista—; pero sería falso creer que Martí propendía, por ello, a un ideario opuesto a toda forma de propiedad privada. De hecho, en este punto, Martí desembocó en una contradicción insalvable —que se encuentra en cierto tipo de populismo—: querer liquidar las consecuencias sociales del capitalismo con la sola liquidación de la propiedad privada sobre la tierra. Desconocía que la nacionalización de la tierra permite abolir la renta absoluta pero deja la diferencial. Era pues una ilusión creer que la nacionalización de la tierra liquidaría las formas capitalistas en la agricultura. Ésta es una ironía insalvable de todo populismo: un programa agrario de tal tipo no hace sino desarrollar aún más el capitalismo en el campo. O lo que es lo mismo, la nacionalización de la tierra no resolverá la crisis social. Así, con el anticapitalismo subjetivo se propugnan medidas que significarán, contradictoriamente, el avance de ese capitalismo. Mas este programa, considerado desde el punto de vista de las entonces atrasadas repúblicas del Sur, era tremendamente revolucionador para su época.

En el fondo, Martí criticaba el gran capital que llevaba a la ruina a los pequeños propietarios. Y es que el populismo refleja la contradicción entre el trabajo y el capital (monopolista) a través del prisma de los intereses del pequeño productor. Precisamente en su protesta contra las consecuencias del capitalismo, sin abandonar las relaciones capitalistas de producción, se muestra el carácter pequeño-burgués —avanzado en el caso del libertador cubano— que rechaza el dominio de la oligarquía industrial agraria.

Su democratismo lo hacía aspirar a un tipo de bienestar para las amplias masas que sólo —hoy, por fin, lo sabemos— es alcanzable en el socialismo. Por eso es que él, como muchos pensadores favorables al populismo, se encuentra ligado a una especie de noble, pero a la vez insuficiente justicierismo subjetivista —socialismo subjetivista— que consiste en plantearse los problemas de las capas más humildes, y en fijarse como genérica meta fundamental la lucha contra todo lo que se oponga al bienestar de esas capas. En definitiva, Martí quería un mundo sin pobres ni ricos. De ahí que abandonara sus actitudes críticas hacia el movimiento socialista. Pero todavía un

tanto utópicamente: su aspiración era la búsqueda de la propiedad popular fuera de la república oligárquica pero todavía capitalista.

Otros rasgos de populismo no se encuentran, sin embargo, en el ideario del demócrata cubano. No hay en él un planteamiento de revolución campesina ni tampoco un llamado al aumento o mayor acceso al poder del campesinado como clase. A pesar de su añoranza por la vida agraria del período jeffersoniano no incurrió en el exceso de idealizar la comunidad campesina ni de ver en ella, como los populistas rusos por ejemplo, el embrión de la nueva sociedad. No obstante, es importante hacer notar que el populismo norteamericano tampoco cayó en este extremo; aunque sí llegó, como se sabe, a organizar partidos políticos, con el fin de llevar representantes de los intereses de los agricultores a las más altas posiciones de gobierno.

Las Escenas norteamericanas dejaron de salir antes de que los granjeros de Estados Unidos organizaran el Partido Populista. Por ello es imposible saber cómo hubiera recibido Martí esta nueva organización. No obstante, es bueno recordar que la constitución de aquel partido fue la culminación de todo un movimiento de intranquilidad en el campo que se hacía sentir ya, en la arena política, con las Farmers's Alliance.^{xii}

Martí dio a la revuelta agraria la misma acogida que antes había brindado a la rebeldía obrera. Sus crónicas de los últimos tiempos dan prueba de ello. No sólo se identificó, como es natural, con las luchas de los granjeros contra los monopolios y el control extranjero sobre el suelo, sino que mostró su evidente simpatía a que organizaran agrupaciones con fines políticos y a los éxitos electorales que obtuvieron en diversos estados de la Unión.^{xiii} Pero en la agitación de los agricultores sólo vio Martí una expresión más de la luchas del pueblo para superar las desigualdades de riqueza. Y, en consecuencia, no es posible, por estas aseveraciones, sacar conclusiones que excedan de lo apuntado; es decir, en su apoyo a los campesinos no hay un tinte populista.

Finalmente, tampoco siguió Martí por la senda, en cambio recorrida por el populismo ruso, de plantear que se saltara la etapa capitalista de desarrollo. En este sentido, hay otro punto coincidente con el populismo norteamericano.

En lugar de caer en la visión campesina de la realidad y separarse del movimiento obrero, el democratismo revolucionario de Martí lo llevó a la proclamación de su solidaridad con las luchas obreras. Lo que brinda un elemento más que enfatiza su radicalidad más allá del populismo y se agrega a él. (De ahí la conveniencia de matizar debidamente el ideario de Martí como favorable a la acogida de algunas tesis populistas pero no como populista propiamente dicho).

Es bueno notar en este asunto una cierta semejanza entre el programa de la organización populista de los Estados Unidos y el político cubano. Semejanza que se nota en la búsqueda de la unidad con el proletariado a la vez que se permea de ideología obrera. De ahí que, en su programa político, el Partido Populista proclamara la necesidad de unir los intereses del trabajo civil y del agrario.^{xiv} Con razón se ha apuntado por algunos estudiosos que el populismo norteamericano era un forma de socialismo semiconsciente;^{xv} o sea, que tampoco era, en rigor, por éstas y otras razones, un populismo absoluto.

(Claro está que tales coincidencias con el populismo norteamericano no tienen un valor demostrativo para la tesis que se está tratando de esbozar en el presente trabajo. Pero sirve, no obstante, para aclarar la variedad con que puede darse una misma corriente de pensamiento.)

Es quizá esta ida más allá del populismo lo que llevó a Martí a considerar, desde el “Cisma de los católicos en Nueva York” y sobre todo a partir de “Un drama terrible”, que se hacía imprescindible la subversión total del sistema social al que había derivado los Estados Unidos.

En esa segunda crónica sobre los sucesos de Chicago, Martí apuntaba que los anarquistas erraban en la concepción y manejo de los conflictos al no advertir que ellos eran una mera rueda de un engranaje estatal más vasto, al cual había que modificar si se quería mejorar la situación de los trabajadores.

Es cierto que Martí no brinda nunca, por supuesto, un análisis marxista de la sociedad estadounidense de la época. Tampoco eso era posible. Él fue un demócrata radical, como antes se indicó, y, sobre todo, un firme antimperialista, lo que significaba, ya, el mayor radicalismo efectivo para aquellos momentos de Cuba y de Latinoamérica; especialmente si tomamos en cuenta, como se verá más adelante, que el patriota cubano pensaba sobre todo en el régimen social que anhelaba para su patria en la práctica.

No obstante, la descripción del sistema social que anatematizaba no fue superficial ni timorata. Por un lado, la simpatía o acuerdo que mostró por el programa ideológico populista es un índice, nada despreciable, de los puntos neurálgicos que, en su opinión, conspiraban contra la existencia de una democracia de índole popular. Estos puntos eran, en el plano económico, la acumulación de la tierra y la constitución de los grandes monopolios que enriquecían a una pequeña minoría opresora; y en el plano político, la corrupción de las instituciones encargadas de garantizar el bienestar de todos y de votar las leyes correspondientes: instituciones que habían pasado al servicio de los grandes magnates y cuyos representantes debían, en definitiva, sus cargos de gobierno a estos últimos. Sin embargo, aún en este momento, Martí insistió en achacar al régimen proteccionista una buena parte de las culpas de lo que ocurría. Pero esta interpretación no era sólo suya, sino que también la sostenían muchos de los reformadores radicales norteamericanos, sin excluir a los de tendencia populista. El mismo Henry George incluyó la lucha contra los altos aranceles como un punto importante de su propaganda política. En otro orden de cosas, José Martí no abandonó tampoco algunas soluciones ingenuas como, por ejemplo, la defensa del libre cambio y una cierta añoranza por las formas de capitalismo premonopolista. (En la medida en que éstas estaban ligadas a una sociedad anterior; a su juicio más igualitaria). Ello no impidió, sin embargo, que, al igual que los reformadores norteamericanos, abandonara las concepciones del *laissez faire*.

Por otro lado, en los artículos de 1886 en adelante, Martí describió al propio sistema social como engendrador de las huelgas y del malestar colectivo. Esa descripción incluía aspectos que el autor desaprobaba, como eran los altos precios de los productos, los tributos innecesarios y los daños públicos que nacían de la acumulación del territorio y los bienes nacionales en manos de compañías privadas. Este régimen social quedaba enjuiciado cuando el cronista hablaba de que todo un sistema estaba en el banquillo de los acusados, definiéndolo como el de los bolsistas que estafan, el de los empresarios que compraban la legislación a la medida de sus intereses, el de la corrupción de la Iglesia, la prensa y la magistratura, etcétera. En suma, el sistema que había engendrado “la más injusta y desvergonzada de las oligarquías”.xvi

En verdad, una gran distancia existe entre el Martí que insistía en la necesidad del diálogo pacífico entre obreros y capitalistas y aquel que declaraba en marzo de 1887: “Por la ley o por el diente, aquí ha de haber justicia”.

Pero Martí sufrió la tentación de explicar la existencia de dicho sistema oligárquico-industrial de los Estados Unidos en términos limitados: como tendencia espiritual de aquel país a valorar el bienestar material en detrimento de otros valores; definiendo la suya como una civilización de carácter “materialista”, o sea, con ambición desmedida de poder y de riqueza. Él consideró que allí existía un concepto “premioso y egoísta de la vida”. Un mal que sintetizó, siguiendo la idea de otros hombres de la época, como “dinerismo”, o afán desmedido de riquezas.xvii

Finalmente, para acabar de precisar hasta dónde hay una huella de tono populista en el democratismo de Martí, hay que fijar la atención en su visión del problema de las clases sociales.

Para comprender bien este problema, las Escenas norteamericanas, una vez más, pueden servir de ayuda.

No cabe duda, si generalizamos, de que en los escritos del período anterior a 1887, Martí sostuvo la tesis de la necesidad de contener y amortiguar los conflictos clasistas; y ello no por razones tácticas, como las que determinaron su posición en el caso de la independencia cubana, sino porque por aquella fecha sostenía criterios liberalistas y moderados. A partir de 1887, en cambio, abandonó los criterios cautelosos a ese respecto y apoyó resueltamente la lucha de las clases oprimidas norteamericanas contra las oligarquías capitalistas. Esto no quiere decir exactamente que hubiese aceptado la teoría de las luchas de clases sociales, tal y como la exponían los grupos de extrema izquierda. Lo que había aceptado, como cabe interpretar de sus escritos —en su conjunto y no por frases sueltas—, era que en un régimen que había dejado de ser democrático para convertirse en plutocrático, los grupos sociales se polarizan, dando lugar a una pelea creciente contra los opresores. Y dando lugar, también, a una estructura de gobierno que se convertía, sin velos, en defensora de los privilegios, y producía la necesidad de constituir partidos políticos clasistas, con programas específicos que reflejaran los intereses encontrados de los grupos en conflicto.^{xviii}

Para llegar a comprender la posición definitiva de Martí respecto al problema de las clases es necesario tomar en cuenta, además de las Escenas norteamericanas, sus escritos de Patria y sus discursos políticos. Y, al hacerlo, desentrañar lo que hay en ellos de táctico y coyuntural y tratar de descubrir lo que su conjunto nos enseña.

Ya se ha apuntado, acertadamente, por diversos estudiosos de la obra del libertador cubano, qué razones de índole táctica indujeron a Martí a insistir sobre la necesidad de dejar a un lado y paliar los conflictos clasistas, en el caso de la lucha independentista de Cuba. Y no le faltaba razón en este sentido. Si se quería liberar a la isla antillana del dominio colonial español, era imprescindible lograr y mantener la unidad nacional. Una insistencia extemporánea e irresponsable en las contradicciones clasistas, cuya existencia no se le ocultaba, hubiera producido, en aquellos días, resultados desastrosos para la independencia nacional. Por eso, a pesar de que su sentimiento y su teoría estaban de parte de “los pobres de la tierra”, no vaciló —salvo excepciones— en oponerse a reclamos clasistas dentro de las huestes que debía trabajar por la revolución libertadora.

De entrada, pues, las necesidades de la independencia pueden hasta cierto punto aclarar la insistencia del Maestro en armonizar grupos disímiles, así como el énfasis y reiteración del tema.

No obstante, las consideraciones de índole táctica en la contienda libertadora cubana son insuficientes para explicar la evidente moderación que muestra Martí en el tratamiento de esta cuestión, sus matices y definiciones. Pese a eso, no hay contradicción, ni menos aún retroceso, en los planteamientos de Patria y de los discursos patrióticos en comparación con el contenido de las Escenas norteamericanas.

Lo que ocurre es que también en esta cuestión se pone al descubierto el tono específico del democratismo martiano. Porque si bien es cierto que Martí no creyó posible, una vez más a diferencia del populismo ruso, estar por encima del antagonismo de clases, sí entreveía la solución a los problemas sociales en la lucha de todo el pueblo: en el llamado, de sesgo populista, al pueblo como un todo y no a una clase o grupo de clases en particular. Y es que Martí consideró que los antagonismos de clases solo afloraban en casos que, como en los Estados Unidos, la nación hubiera devenido una plutocracia tal que los explotados tuvieran justificación suficiente para buscar la salida a su situación por los únicos medios que la propia opresión les dejaba.

En consecuencia, la revolución —no ya la independencia— consistía en guiar a todos los elementos sin que ninguno de ellos predominara sobre los demás.^{xix} Su objetivo era hacer una revolución “para beneficio equitativo de todas las clases, y no para el exclusivo de una sola”.^{xx} Pero, más aún, cuando habla de pueblo o de lo

popular, insiste en aclarar la amplitud del término: “donde el rico se codea con el pobre”;xxi o cuando “está allí todo nuestro pueblo, el hacendado de noble augusto y el siervo, libre ya...” .xxii

No está de más reiterar que esto no ponía en peligro el democratismo. Ya que la actitud frente al problema de las clases no impedía que Martí conservara el ideal de una formación social en que el disfrute hasta cierto grado igualitario de la riqueza, impidiera la escisión tajante de los distintos grupos sociales. Según su opinión, el fracaso en la constitución de una sociedad justiciera conduciría de modo inevitable a la afloración, en primer plano, de los conflictos clasistas, los cuales sólo podrían afrontarse equilibradamente dentro de un marco de igualdad y justicia. Por supuesto que esto desembocaba, una vez más en el inevitable conflicto de todo populismo: ambicionar una sociedad que es imposible dentro de los marcos de la propiedad privada.xxiii

En la influencia georgista estaba, en parte, el fundamento de una república así. Si la forma de tenencia de la tierra era la raíz del desequilibrio y la desigualdad social, un programa agrario adecuado podía garantizar la república justiciera. Cuba, una vez independizada de España, brindaba, a su parecer, la oportunidad de que los ricos no se amontonaran de una parte y los desesperados de otra, ni de que la república popular se trocara en una de clases. En la isla antillana, afirmaba, había suficiente tierra, lo que permitiría distribuirla en forma tal que el equilibrio clasista no estaría en peligro.xxiv

Aquí estaba el quid de la cuestión. El Norte no había garantizado un régimen de equilibrio social que funcionara “para el bien de todos” sino que había asegurado, en su lugar, la fortuna de unos pocos.xxv

No cabe duda de que la situación vivida por Martí en los Estados Unidos fue suficientemente aleccionadora para permitirle extraer conclusiones que iban más allá de límites territoriales; como, por ejemplo, la conclusión de evitar por todos los medios a su alcance, que se repitiera en su patria el proceso mediante el cual cualquier república se torna oligárquica.

Y es que si bien es cierto, como se señaló antes, que la experiencia norteamericana jugó un papel fundamental en la aceptación de ese pensamiento por Martí, su mente no dejaba de apuntar hacia las estructuras y las formas políticas que instauraría en Cuba al lograr su independencia de España; y en las posibilidades de los pueblos latinoamericanos, en general, para llegar a constituir repúblicas igualitarias.

Claro que no puede especularse seriamente, en torno a una serie de aspectos, sobre lo que Martí habría hecho en Cuba libre, de haber sobrevivido a la guerra del 95. Y también es cierto que sus escritos públicos, en relación con la revolución que deseaba para Cuba, son sólo relativamente confiables para el definitivo análisis (ya que las exigencias tácticas de su objetivo primordial impedían con frecuencia que el pensamiento real se manifestara con toda nitidez). Algunas cuestiones, como su aspiración a construir un régimen equitativo, sin discriminaciones de razas o grupos, resultan evidentes; pero más allá de consideraciones de tipo general no se puede ni se debe avanzar, si se obra con respeto.

También ha quedado claro cómo situaba la distribución de la tierra como una cuestión básica. Pero esto no era nuevo en su ideario —está desde sus primeros trabajos—, ni tampoco es excepcional en comparación con algunas figuras liberales de América.

Pero cabe preguntarse qué necesidad económica e ideológica hizo que Martí construyera un credo de democratismo popular en que las formas de tenencia de la tierra explicaban los grandes males sociales o la existencia de repúblicas igualitarias y pacíficas. Y es que si bien es cierto que el fracaso del liberalismo en los Estados Unidos lo alertó contra las deficiencias raigales de dicho ideario, no cabe duda que la necesidad de destruir el feudalismo y el caudillismo en todas sus formas y manifestaciones y de lanzar a los países al sur del Río Grande en su proceso de

acelerada industrialización —por razones que sobre todo se explican por el peligro imperialista—, dan la razón clave que demuestra cuán justificada estaba por las condiciones socio-económicas de aquel momento la concepción propugnada por Martí.

Colmar el atraso entre el Norte y el Sur era sólo posible con un sistema democrático y popular, puesto que el peso fundamental de las tareas debía descansar sobre los hombros de las masas populares; de ahí lo avanzado de su programa social.

Parece conveniente, a este nivel del análisis, tratar de explicar a qué se debió la transformación operada en Martí, o sea, retomar la explicación de su maduración ideológica.

Tres elementos incidieron en la transformación de la concepción martiana. En primer lugar, la experiencia como conspirador y dirigente político de la revolución independentista cubana, que lo condujo a la práctica política viva. Esto incluía la tarea de agrupar y dirigir hombres, la elaboración de una estrategia y una táctica para esa revolución y la necesidad de tomar en cuenta y manejar acertadamente, conforme a un fin, un sinnúmero de situaciones difíciles y complejas, tanto de tipo nacional como internacional, dentro de cuyo contexto debía realizarse la acción liberadora.

En segundo lugar, el panorama latinoamericano, cuyo estudio lo indujo a preguntarse cuáles eran las causas de la frustración de los intentos liberales, y con el que descubrió, entre otros aspectos, la incapacidad de las jóvenes naciones del sur del continente para crear formas republicanas apropiadas a sus necesidades; y el que, especialmente, le proporcionó la convicción de que las masas populares no eran tenidas en cuenta por los gobernantes.

La tercera cuestión que determinó el viraje teórico en Martí y, acaso, la más importante de las tres, es la propia experiencia norteamericana. Pero aquí hace falta una consideración inicial que permita comprender lo que se quiere demostrar.

A menudo se ha tratado de explicar la posición radical de Martí sólo en relación a su posición clasista. Como se sabe, el inspirador de la independencia cubana tenía una procedencia —aunque apenas— pequeño-burguesa. Y se ha intentado entender su actitud política y social remitiendo el análisis al hecho de que la pequeña burguesía, en la Cuba de aquel tiempo, mantuvo el liderazgo de la posición revolucionaria en el conflicto con España y dio muestras de su capacidad para ligarse a las amplias masas populares en la lucha por la independencia y ponerse a la cabeza de ellas. (Podría agregarse que el populismo mismo es una manifestación radical de la ideología pequeño-burguesa y enlaza sin contradicción con la aspiración de una revolución democrático-burguesa, por lo que este descubrimiento, en Martí, no echaría abajo la tesis anterior). De esta manera la explicación de las teorías políticas y económicas que abrazó Martí, parecería que pueden ser abordadas sin sobrepasar el marco del análisis clasista cubano.

La observación que enlaza el pensamiento martiano con su posición de clase es, sin duda, acertada. La cuestión es perfectamente explicable si se recuerda que, a finales del siglo xix, la residual burguesía cubana, que otrora había sido parcialmente capaz de iniciar y encabezar la guerra independentista del 68, se opuso ahora, por temor a la ruina de su corta y rica hacienda, a una nueva conflagración, apoyando, en su lugar, el autonomismo en relación a España, o la anexión de Cuba a los Estados Unidos. Esto situó a la pequeña burguesía cubana, que sufría los rigores del sometimiento a la Metrópoli y cuya única salida era la total liberación, en la oportunidad coyuntural de convertirse en la clase impulsora de la línea más revolucionaria. Tal explicación no resulta nueva y es frecuentemente aceptada entre los historiadores cubanos.

Siguiendo este camino, sería oportuno agregar que dicha situación influyó favorablemente en las posibilidades revolucionarias de la pequeña burguesía —clásicamente vacilante—, pues le permitió, por una parte, la independencia de acción con respecto a la burguesía; y, por otra, la arrojó a la unión indispensable con las fuerzas más populares de la nación: contacto, este último, que tenía que incidir en su evolución ideológica y política. No cabe dudar, pues, que las citadas circunstancias desempeñaron un papel en la propensión de Martí a abrazar las causas más nobles, con ayuda de su superior capacidad intelectual. Pero parece también que, como explicación de la posición más profunda y madura que llegó a adoptar el patriota cubano, esto es insuficiente. A la consideración anterior habría que adjuntar, de manera esencial, la experiencia norteamericana del Maestro.

La estancia de Martí en los Estados Unidos lo enfrentó con un hecho contundente: el fracaso del liberalismo clásico allí donde ni el caudillismo ni el feudalismo de tipo latinoamericanista se habían impuesto. Mas, para comprender a cabalidad el proceso por el que pasó el exiliado cubano, es imprescindible ubicar al pensador en la situación económico-social concreta donde el mencionado proceso se desarrolló.

A Martí le tocó vivir en los Estados Unidos, como se sabe, en los quince años que van de 1880 a 1895. Esta quincena se encuentra emplazada en el mismo período durante el cual la economía de los Estados Unidos se transformó, pasando de las estructuras capitalistas premonopolistas al capitalismo monopolista. Semejante evolución no podía ocurrir sin producir formidables estallidos sociales de todo tipo, de los cuales Martí fue testigo. En el último tercio del siglo XIX, las propiedades se fueron concentrando en pocas manos y se formaron los grandes consorcios y trusts. Fue la época en que se establecieron o consolidaron los Carnegie, Rockefeller, Morgan, etcétera. El país se llenaba de mercancías invendibles que producía, en ocasiones, junto con el proceso de concentración, el cierre de industrias, la caída de salarios y el desempleo. En suma, la miseria de los obreros. Dos grandes crisis económicas se sucedieron; las de 1873 y 1893. Otra, de menor intensidad, tuvo lugar en 1884, con suficiente repercusión negativa entre las masas trabajadoras. (Ésta sobre todo es la que más se refleja en las crónicas de Martí).

En el campo, la situación era también aguda. El proceso de endeudamiento de los agricultores llegó a cifras impresionantes, a la vez que los consorcios ferrocarrileros y firmas extranjeras se iban apoderando de tierras públicas y privadas. Ésta no es ocasión para adentrarse en la mención de todas las causas económicas y políticas que determinaron el empobrecimiento de los granjeros, ni para considerar las particularidades de sus manifestaciones en las diversas regiones del país. Lo que interesa en dicho análisis es patentizar que la miseria y la expropiación de los agricultores vinieron a sumarse al cuadro general de inestabilidad y revuelta social. Cada vez era más profunda la escisión de la sociedad entre un grupo minoritario que se hacía a diario más rico y poderoso y que, en consecuencia, controlaba el gobierno del país para beneficio de sus propios intereses, y la gran masa de la población, progresivamente más miserable y empobrecida. Para decirlo con palabras martianas: “La república popular se va trocando en una república de clases”.

Así, Martí se fue identificando con el problema de las capas trabajadoras y con sus luchas. Al principio pensó, como lo muestran sus crónicas anteriores a 1887, que mediante métodos de intercambio y discusión, los capitalistas entrarían en razones. Pero la propia realidad que vivía lo convenció, primero, de que los trabajadores no tenían otro camino que las huelgas y, después, de que había que modificar el orden social existente, ya que mientras éste subsistiera la situación continuaría en un callejón sin salida. Ciertos fenómenos que, hasta no hace mucho, se le ofrecían aislados, fueron siendo comprendidos por Martí en su coherencia orgánica. De esta manera su radicalización avanzaba en la misma medida en que subía de tono la lucha social.

La sociedad semifeudal latinoamericana tenía sus propios problemas de desarrollo, pero el Norte desplegaba otra realidad que, obviamente, enfrentaba al pensador con facetas de la sociedad moderna que habrían

permanecido ignoradas para él, de no haber vivido en el escenario de éstas. Fue, sin duda, este contacto vívido y real con una situación que Martí había situado previamente fuera de la sociedad liberal, así como el continuo acicate que para su pensamiento significaron las luchas de las masas oprimidas y el impresionante crecimiento de una oligarquía explotadora, lo que lo condujo a la enmienda del ideario anterior y a su sustitución por uno nuevo.

Esta nueva visión no se apartaba del ideal republicano, pero se asentaba sobre aspiraciones más justas. El populismo le ofrecía, además, la concepción agrarista, tan importante como punto de arranque para la liberación de una América Latina todavía feudal. Pero dicha preocupación agraria no tenía, en aquel momento —ya se ha dicho—, el mismo significado que en años anteriores.

Martí había comenzado a plantearse ahora un nuevo problema: ¿sobre qué bases políticas e institucionales debía establecerse una república que, con el inevitable advenimiento de la sociedad moderna industrializada —y deseada para Latinoamérica—, garantizara un status de legítimo democratismo e impidiese la escisión de la sociedad en grupos con tan marcado desnivel de riqueza? Indiscutiblemente, la teoría y el programa del democratismo de sesgo populista contenían la aspiración de una sociedad así; y Martí consideró que sus soluciones ofrecían las seguridades fundamentales para el sostenimiento de una república de tipo popular. Era la imagen de un régimen que proveería medios tendientes a impedir la constitución y el ascenso de una oligarquía explotadora. Y ello se refería no sólo a una oligarquía feudataria, como la que hasta ese momento le perturbaba, sino que tenía que ver también con la industrial.

A esta hondura queda evidenciada la zanja que separó a Martí de la mayoría de los grandes liberales radicales latinoamericanos contemporáneos, como Sarmiento, Mitre u Hostos.^{xxvi} El gran mérito de Martí, en tal orden de cosas, estuvo en haber comprendido el fracaso del ideario liberal como experiencia política general y en haber anticipado que la amenaza a la justicia y la libertad en Latinoamérica no derivaba sólo del sistema caudillista-feudal, sino también del empuje capitalista; sobre todo de los Estados Unidos, como presunta potencia imperialista.^{xxvii} Con aquellos liberales, así como con la tradición cubana de similar estirpe, Martí mantuvo, por supuesto, puntos de contacto, como fueron el civilismo, la lucha contra lo que de medioevo quedaba en América, el antirracismo, el anticlericalismo, etcétera; pero tanto el democratismo popular como el antiimperialismo martiano contienen una diferente esencia conceptual.

Por otra parte, en los brotes y movimientos socialistas que se encuentran en Latinoamérica por aquella época, al menos hasta donde las investigaciones actuales permiten ver, el antiimperialismo no parece haber sido una característica frecuente, ya que las preocupaciones se ubicaban, fundamentalmente, en la lucha de clases interna.^{xxviii} En general, estos movimientos no alcanzaron la altura de la clara visión del estadista cubano. No sólo porque el entendimiento de la situación continental de aquéllos era inferior a la martiana, sino porque también su inmadurez se mostraba en una perspectiva demasiado ceñida al conflicto con la burguesía —o con la Metrópoli española, en el caso cubano— subestimado la importancia de otros factores de la vida nacional: el miraje era escorado hacia un solo perfil de la problemática nacional.

A partir de 1887, los escritos de Martí, sobre todo las Escenas norteamericanas, exhibieron la sobriedad y profundidad que su capacidad analítica había alcanzado. En realidad, José Martí no se apartó en ningún momento del ideario de liberación nacional buscado por la vía de una transformación democrática radical, donde el antiimperialismo significara dentro de este ideario la expresión de máxima radicalización posible. En verdad, aquel momento de la vida de nuestros jóvenes países no era el del socialismo, sino el de la revolución democrática de liberación nacional. Mas este objetivo debía considerar la presencia de un peligro creciente, como el que significaba los Estados Unidos, en pleno desarrollo monopolista.

El conjunto de todos los elementos considerados permite captar ahora el considerable salto conceptual dado por Martí. Por esta vía había ido, del interés y el deseo por el progreso de nuestra América, a la elaboración de una concepción antiimperialista de base racional-económica; o, lo que es lo mismo, del emocionalismo y el eticismo, al estudio de las circunstancias económicas y sociales continentales de las dos Américas. Así descubrió las fuerzas económicas y políticas que pugnaban en su desarrollo.

El cronista de los años 80 supo hacer avanzar sus artículos, yendo de la pintura expositiva, y cuando más crítica, de las manifestaciones de corrupción de la sociedad norteamericana en transformación, al conocimiento y la consecuente denuncia de un sistema económico-social que era la causa de las incongruencias y revueltas que afloraban a la superficie. Lo que equivale a decir que evolucionó de la creencia en las fórmulas que buscasen un mejor acomodo de las confrontaciones, a la convicción de que para resolver la crisis interna se hacía imprescindible la subversión del sistema social como un todo.

Lo dicho hasta ahora permite afirmar que Martí no era un pensador solamente preocupado por las cuestiones de la teoría política como tal, sino que mantenía, como parte de su misma concepción, la clara idea de la especificidad de las situaciones sociales. Esta posición incluía la consideración de que el valor de una teoría política estaba en relación con la capacidad de ésta para una adecuación creadora respecto a condiciones específicas. Sería un error de método creer que cuanto decía Martí con referencia a los Estados Unidos, se aplicaba por él, en su concreción, a la realidad latinoamericana. El espíritu de Martí hay que abarcarlo a lo largo de una producción disímil. Hay que determinar, paralelamente, cómo se mostraba ese espíritu ante una realidad política particular. Así, su parcial asimilación del populismo, como concepción teórica, representaba una interesante faceta en su aplicación a la América al sur del Río Bravo.

En el gran americano, el ideal del radicalismo democrático de inclinación populista condicionado a nuestra porción continental, quería decir, al menos, tres cosas fundamentales:

1. La liquidación de la sociedad feudataria y sus instituciones afines.
2. El avance y progreso de Latinoamérica concebido sobre la base de la comprensión de la especificidad de su realidad social.
3. Una sociedad cuya construcción debía tomar en cuenta la existencia de la amenaza representada por los Estados Unidos, poderoso y ambicioso.

Lo primero implicaba la liquidación del existente régimen de tierras y, como consecuencia, la desaparición del caudillismo y la afirmación del civilismo político. Para Martí, las raíces del caudillismo estaban asentadas, principalmente, sobre el hecho económico que significaba el latifundismo. Pero consideraba, al mismo tiempo, que desde la misma guerra independentista debían establecerse las bases políticas y de educación que permitieran la construcción posterior de la república. (De ahí parte su preocupación por las formas de organización de la guerra de Cuba). Extraía esta enseñanza de la experiencia latinoamericana de principios de siglo; y constataba, por su parte, que las condiciones de Cuba, a una altura más avanzada de la centuria, permitían ensayar el experimento de iniciar las prácticas republicanas desde la acción guerrera misma. Y confió esta tarea a la constitución de un partido que preservaría el civilismo, a la vez que respetaría la tan necesaria autonomía militar.

Ello conduce a un aspecto de la concepción martiana de gran importancia. Y es el hallazgo de que las guerras de liberación son tanto un hecho político como una cuestión militar. Esto para él quería decir, en el plano de la práctica, que había que estructurar el plan militar de la guerra teniendo en cuenta el objetivo estratégico

político que se buscaba, y que era el de la constitución de la república democrática. Y quería decir, además, que era imprescindible tener en cuenta todas las cuestiones de índole política y económica, tanto continentales como internacionales, en cuyo contexto debía desarrollarse la acción libertadora.

Así, el Partido Revolucionario Cubano era no sólo la organización de la emigración para lograr la independencia, sino que debía, además, garantizar la sociedad que deseaba construir. Y debía evitar también —evitarlo a tiempo fue su gran angustia— el acceso del nuevo poder imperial que se encimaba sobre Cuba y el continente, el cual, de triunfar, frustraría el objetivo estratégico primordial. Es cierto que esta misión del Partido únicamente fue insinuada, porque no podía ser de otro modo. Martí, estadista perspicaz, no ignoraba que sólo la capacidad demostrada en la organización y el auxilio de la guerra calificaría al Partido Revolucionario Cubano para las altas funciones que él le deparaba.

Asimismo, los análisis martianos sobre estas cuestiones ponen de manifiesto que el Maestro no apoyaba el “espontaneísmo” en cuestiones de movimientos sociales. Siempre creyó, después de los primeros fracasos y errores, en la necesidad de una organización que preparara y condujera conscientemente, y conforme a un programa, a las masas, de manera que fuera viable alcanzar los fines que perseguían. Estaba igualmente convencido de la necesidad de examinar cuidadosamente las condiciones cambiantes para determinar el inicio de la lucha en el momento adecuado que asegurase su éxito. Él sabía que con llamados pacientes a la guerra no se llegaba al pueblo y que había que comenzar la acción cuando se estuviese en posibilidad irrevocable de conducirla hasta el fin.

No obstante, como se sabe, un conjunto de circunstancias, entre las que está la muerte prematura del propio Martí, impidió que la organización que él alentara estuviese a la altura que las difíciles condiciones continentales demandaban. Ni fue el Partido la organización del futuro que imaginó, ni supo influir ideológicamente en la dirección real de la guerra. El Ejército Libertador, por otra parte, ilusionado, y a la vez acorralado políticamente, tampoco pudo limitar la injerencia yanqui ni salvaguardar el ideal de una nación democrática e independiente.

La segunda de las cuestiones que planteaba el ideario igualitarista y popular para América Latina implicaba un juicio político sobre la realidad latinoamericana. Según este juicio, una de las causas del fracaso del intento democrático en América Latina —además del mencionado problema del caudillismo y del sistema feudatario— dependía de la incapacidad de las fuerzas civilistas latinoamericanas para comprender la realidad de nuestras naciones. Se equivocaba el camino a seguir, al querer copiar y trasplantar a nuestra realidad teorías y esquemas elaborados en otras latitudes.^{xxix} Esto es, sin duda, una declaración abstracta muy plausible, pero lo verdaderamente interesante se encuentra cuando Martí trata de puntualizar qué significado tenían sus aseveraciones.

A su entender, gobernar según nuestras propias realidades significaba gobernar con las grandes masas de indios, negros y mestizos, y con las masas más humildes y “atrasadas”, en general; en su favor, desde luego.^{xxx} La enseñanza que Martí extrajo de la historia continental y que trató de transmitir es clara: la guerra de independencia no se hubiese podido librar y ganar —como bien descubrió Bolívar una vez— sin el concurso de las capas humildes. La república tampoco podría construirse sin contar con ellas. Y contar con ellas implicaba tener en cuenta cómo eran y cómo sentían o pensaban, y obligaba a atender el atraso de siglos que arrastraban tras sí aquellos millones de analfabetos para superarlo por la vía de la riqueza equitativamente compartida y de la educación.

Su antirracismo se muestra, por tanto, no sólo como una profesión de credo político sino que está conceptualmente incrustado a su nacionalismo y a su concepción acerca de cuál era el único camino para la felicidad y el progreso de nuestra América.

El equilibrio y la estabilidad política sólo serían factibles, en su opinión, cuando la igualdad social lo garantizara, como resultado natural y no establecido sobre la figura de un solo hombre.

En este punto de vista llevaba Martí razón. Pero exageraba, en cambio, en la repercusión que concedía a los desorientados criterios de los civilistas de salón y biblioteca en la permanencia de los males latinoamericanos. Claro que su agria reacción contra ellos era plenamente justificada. Mas, el no interpretar los problemas sociales en términos de la lucha de clases, le impedía comprender que las responsabilidades de nuestros liberales dependían de la situación de las diversas clases en la sociedad latinoamericana de la época, la cual no favorecía una acción enérgica de las capas burguesas y pequeño-burguesas. En definitiva, si estos liberales habían carenado en una actitud libresca, eso no era más que una consecuencia de la debilidad real de la clase que representaban.

El tercer aspecto nos conduce al ideario antiimperialista martiano, el cual enlaza con su nacionalismo latinoamericanista y evidencia uno de los pilares del pensamiento político-social de Martí, el de mayor actualidad, el más grande y el que más ha resistido la prueba del tiempo.

Quizás el mérito más alto del antiimperialismo de Martí está en no haber aceptado la polémica en el terreno de los derechos naturales —a pesar de su aceptación de ellos—, donde la situaba la doctrina del liberalismo de los países que demandaban para sí la facultad de someter a otros pueblos. Él comprendió que la tesis de la inferioridad de razas o naciones, sobre la base del Derecho Natural, era una pantalla o, cuando más, una justificación teórico-abstracta que trataba de ocultar los verdaderos designios colonialistas e imperialistas. En su lugar, trasladó la polémica del cielo a la tierra, y enfocó su análisis a partir de la situación económico-social concreta de los países involucrados en ella y del movimiento histórico que producía tales tentativas “imperiales”. “Jamás hubo en América —enfaticaba—, de la independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite [...] que los Estados Unidos [...] hacen a las naciones americanas...” xxxi

Puestas en este terreno las cosas, se está en condiciones de entender que el antiimperialismo martiano es una posición teórico-práctica de principios que comprende a toda la humanidad, aunque sus análisis concretos estuviesen dirigidos a la realidad más cercana que le tocó vivir, y que fue la de América. Y se está también en condiciones de comprender el fondo racional de dicho antiimperialismo.

A menudo se tiende, con relación a este punto y al latinoamericanismo en general, a hacer resaltar la importancia del trabajo de Martí titulado “Nuestra América”. Esta tendencia está en parte justificada porque aquí su autor esboza en forma epigramática y brillante su pensamiento latinoamericanista. Por otro lado, podría parecer que sus crónicas sobre la Conferencia Interamericana de Washington de 1889 y la Conferencia Monetaria de 1891 resultan demasiado específicas y coyunturales. Pero todo esto es así, solamente, a primera vista. Mirados con más detenimiento, estos tres documentos son, conceptual y metodológicamente, inseparables: “Nuestra América”, sin los dos últimos, perdería su levadura sustantiva, y ello cercenaría del antiimperialismo martiano su básico núcleo racional-económico. Como tampoco ese todo es separable, como se verá más adelante, del contenido de las Escenas norteamericanas.

En “Nuestra América”, Martí afirmó su antiimperialismo y mostró su unidad de concepción con el nacionalismo latinoamericanista. Pero no es ahí donde está el fundamento de su posición, ni el argumento demostrativo de la existencia del fenómeno imperial; y, menos aún, de las causas que lo avecinaban. En las crónicas sobre los Congresos aparece un análisis que parte de diversas consideraciones políticas y económicas y de las trabazones internas de éstas entre sí. Ambos enfoques son acertados, no sólo por lo que dicen sino por el método de análisis histórico-político que el autor despliega en ellos.

Martí comenzó por ubicar el Congreso de 1889 en su contexto histórico-social. No era el Congreso en sí lo que más interesaba, sino el lugar que ocupaba dentro de dicho contexto. Esto lo llevó a comprender la necesidad de analizar el mencionado evento interamericano desde el punto de vista de la estrategia global de los Estados Unidos hacia el resto del continente; y, con esa perspectiva, a desentrañar su significación en aquel momento histórico concreto.

De la consideración de tal estrategia extrajo la conclusión de lo inminente de la amenaza y del plazo aproximado que le quedaba a Latinoamérica para tomar las medidas imprescindibles para esquivar la dependencia. Ambas consideraciones se reflejan en su apreciación de que todavía había tiempo para salvarse.^{xxxii} Llamaba asimismo la atención, demostrando con ello su calibre de estadista, sobre un hecho: que un triunfo latinoamericano en el Congreso no era suficiente para sentirse tranquilo, puesto que sólo demostraría que la influencia de Estados Unidos no había alcanzado suficiente fuerza y penetración como para imponer sus intereses y puntos de vista al resto del continente. Y bien comprendía él que eso era sólo cuestión de tiempo.

Las crónicas sobre los Congresos también ponen de manifiesto que Martí no sustentaba su antiimperialismo en bases éticas o utópicas, sino que éste emanaba del descubrimiento del fundamento económico del peligro invasor. El estudio histórico le había demostrado que la pretensión de los Estados Unidos era antigua —“Desde la cuna soñó con estos dominios el pueblo del Norte...”^{xxxiii} pero que las condiciones económicas y políticas anteriores se la habían obstaculizado. Desde entonces, había seguido ese país la estrategia de preservar al continente de la apetencia europea a fin de reservarlo para cuando las condiciones fueran propicias a su intención.

Uno de los más importantes descubrimientos de Martí fue que las condiciones se aproximaban al punto de la madurez. El coloso norteamericano —Texas era buen aviso— se aprestaba a abalanzarse sobre el resto del continente, ya fuera por la vía de las anexionaciones, como en el caso de Cuba y Puerto Rico, siguiendo una vieja tradición anterior; o por la vía de la penetración económica que buscaba la reserva de mercados para sus productos; “...el convite que los Estados Unidos, potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo”.^{xxxiv}

En su análisis, Martí no dejaba de tener en cuenta lo que sus Escenas norteamericanas mostraban: el resultado de la lucha interna en los Estados Unidos originaría consecuencias definitivas para el resto del continente. En este orden de cosas coincidían el desarrollo del coloso industrial y el retraso de las naciones del Sur. Pero estaba, sobre todo, presente la presión interior intensísima, que el tránsito al capitalismo monopolista producía entre las masas populares y la oligarquía industrial y gubernamental. Estados Unidos era, en aquella época, un polvorín político donde los desequilibrios económicos y sociales se hacían cada vez más críticos.

Para superar aquel estado de cosas, a los capitalistas norteros no les quedaban más que dos caminos: resignarse a la subversión interna que obligaba a utilizar métodos cada vez más drásticos y ponía en peligro sus propios intereses, o decidirse a la conquista externa, que brindaba un magnífico alivio y ofrecía, a la vez, nuevas posibilidades de crecimiento, aunque las fuerzas progresistas, por su parte, propendieran a un reordenamiento más justo de la estructura interior y rechazaran la piratería exterior.

Martí sabía que esto constituía un fuerte debate político interno, y que el triunfo de la reacción, con el consecuente afianzamiento del sistema que preconizaba, sentaría las bases para lanzarse a la aventura continental.^{xxxv} El fondo del análisis queda ahora claro: el sistema hacia el cual habían derivado los Estados Unidos inducía, por necesidad económica, a la vía imperialista,^{xxxvi} por lo que la crítica al imperialismo estaba indisolublemente unida al rechazo de un sistema social específico. O para sintetizarlo con palabras del propio Martí:

“La República deviene en plutocrática e imperialista”. Por otra parte, la debilidad de las repúblicas sureñas brindaba la oportunidad, cercana y fácil, de cumplir con las propias exigencias del sistema a cuya existencia estaban ligados el poder y la riqueza de los grandes magnates sociales.

Una sola salida quedaba a la América Latina, según dedujo Martí. Y estaba expresada en el formidable grito de las crónicas del Congreso de Washington: “Ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”. Esto no era otra cosa que la declaración de la necesidad de una segunda revolución: la revolución antifeudal, democrática y popular, en el sentido que ya se sabe que esto tenía para él. Una segunda independencia que asegurase la libertad económica y, por ella, la libertad política. Una consigna que se declaraba a partir de una amenaza y antes que ésta se consumara. De otro modo —bien lo sabía él—, pronto sería demasiado tarde. Con su alerta buscaba que el desarrollo y progreso de Nuestra América cortara la amenaza imperialista.

En todas estas consideraciones se pone de manifiesto que a Martí le preocupaba enormemente el problema de las relaciones entre las naciones y países cuando existen diferencias de tradición, nacionalidad y, sobre todo, cuando uno de los países es grande y poderoso y el otro débil y joven. Dicho de otra manera, Martí se planteaba qué política permitiría al país débil salvaguardar su integridad como nación. En este punto también constató que el ideario liberal clásico fracasaba y que no era en él donde podían encontrarse las bases justas para el establecimiento de las relaciones entre países con diverso nivel de desarrollo. Con ello también puso al descubierto la imposibilidad de que dos países, con la diferencia arriba apuntada, pudieran establecer en el mundo de su época, una unión igualitaria y de respeto mutuo; sino que, antes bien, tal unión sólo beneficiaría al grande y poderoso.

A este nivel de estudio se está en condiciones de apreciar y subrayar la unidad y coherencia teórica del pensamiento político-social de Martí. Ahora resulta evidente que el democratismo radical y el antiimperialismo no son dos aspectos conceptuales con desarrollo paralelo, pero sí que entre ambos hay un entrelazamiento que no puede quebrarse, so pena de desvirtuar la intención martiana. El uno es imposible sin el otro. Un sistema social determinado conduce a la explotación interna del pueblo y a la aventura imperial; el otro garantiza la equidad y la justicia social y no desemboca en la necesidad imperialista. Esto es una muestra, la más importante, de la profundidad que alcanzó Martí en la interpretación de los problemas de su tiempo y en la posibilidad de enfrentarlos a través de una concepción teórica que, aunque dispersa en su exposición, no dejaba de ser en él coherente y revolucionaria. De haber proclamado el antiimperialismo sin haber abrazado el credo democrático radical de corte populista, José Martí hubiera devaluado la racionalidad de su concepción, quedando en el vacío. Y lo contrario también hubiera ofrecido los mismos débiles resultados teóricos.

No obstante, también sabemos que Martí fue optimista con respecto a la posibilidad real de impedir a tiempo que los Estados Unidos pesase sobre el resto de América. Al no abrazar cabalmente la teoría de las clases sociales ni el papel de las condiciones económicas en la determinación de sus actitudes y del movimiento social en general, el pensador cubano no podía ver del todo que las capas burguesas latinoamericanas no estaban en condiciones de realizar a tiempo su revolución democrático-burguesa.

Finalmente, ahora se está en condiciones de precisar la estrategia martiana. La misma se desenvolvía en dos planos —determinados ambos por los dos problemas a los que se enfrentó—: la estrategia que atendía a la liberación de Cuba del yugo español y la que se ocupaba del enfrentamiento con el imperialismo norteamericano naciente.

En relación a la segunda, Martí discernió la conveniencia de una acción conjunta y unitaria de todas las repúblicas del Sur. Es decir, el enfrentamiento al imperialismo debía sustentarse sobre la base de una acción mancomunada continental, ágil y firme.

En relación a la primera, Martí presumía que, una vez iniciada la guerra de liberación de Cuba y Puerto Rico, se frustrarían los planes de anexión que los Estados Unidos abrigaban respecto a ambas islas. Para Martí eso se insertaba, a su vez, dentro de la estrategia global continental. De esta manera, la independencia de las Antillas, teniendo en cuenta el grado de desarrollo de las comunicaciones, funcionaría como un muro obstaculizador del avance imperial hacia el sur, y produciría el equilibrio entre los dos platillos de la balanza. “... impedir a tiempo — escribía— con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”.xxxvii

Dicha estrategia implicaba para él, además, la elaboración de un plan a partir de condiciones concretas y con el oído siempre atento a los aspectos cambiantes de cada día histórico.

Martí no concebía el problema de la política y la sociedad como asunto puramente teórico, sino como una cuestión viva y concreta, a la cual cabía analizar para ejercer una acción consciente, encaminada a fines y objetivos fijados de antemano. No siempre acertó plenamente en todas sus explicaciones, ni pudo lograr de la historia cada cosa que se propuso, pero la racionalidad política, una vez que la hubo obtenido, fue desarrollada consecuentemente por él.

Por eso es tan importante destacar cómo contemplaba el estudio de la sociedad y de la política. En este sentido, hay que subrayar tres pilares de su visión:

1. No se limitó a argumentar partiendo de generalizaciones respecto al hombre y sus derechos en general, sino que trató de acercarse a los problemas de la vida social a partir del análisis de situaciones vivas y reales.
2. Defendió la perspectiva gnoseológica en el enfoque de los estudios sociales. Influidor por la tradición del Iluminismo, apuntó la necesidad de mirar el objeto social en la misma forma que un químico o un físico miraba el suyo. “Surgen estadistas naturales —argumentaba— del estudio directo de la naturaleza”. Pero esta afirmación no encerraba una lastrante atadura dieciochesca, sino que era entendida en sentido moderno en el que el político, con ojo avizor, seguía el aliento palpitante de la vida social de cada día.
3. Rechazó la subjetividad en el conocimiento político y social. Esto se puso de manifiesto en diversos aspectos de sus artículos y crónicas, como en sus observaciones de los excesos anarquistas y sus imputaciones a los “teóricos” del civilismo en Latinoamérica.

Hasta aquí se han desglosado, a grandes rasgos, las conclusiones que se derivan del método propuesto para interpretar a Martí. Esta manera de analizar sus concepciones teóricas no ha quedado, ni con mucho, agotada en las páginas anteriores. Muchas facetas quedan todavía por investigar. Lo importante es destacar esta modalidad de interpretación que pone de manifiesto perspectivas sugerentes en el estudio de uno de los más grandes latinoamericanos del siglo xix.

NOTAS:

ⁱ En el prólogo a *Cuatro intentos interpretativos*, expresaba lo siguiente: “En esencia, el artículo lo que propugna es un método de análisis. Con él se busca, por una parte, evitar el estudio de las teorías políticas y sociales de Martí por aspectos separados, perdiendo así de vista la unidad conceptual del mismo y, por otra parte, se quiere destacar el viraje vitalizador que se operó en el pensamiento de Martí, y que lo llevó al abandono del liberalismo. El descuido de estas divisas metodológicas ha hecho que en ocasiones se vea a Martí como un ecléctico, por el carácter disímil y hasta contradictorio que entonces tendrían sus planteamientos”. Isabel Monal, *Cuatro intentos interpretativos*, Instituto del Libro, La Habana, 1974, p. 13.

ⁱⁱ Ver, por ejemplo, en las *Escenas norteamericanas*: “La revolución del trabajo”, “Las huelgas en los Estados Unidos”, “Las grandes huelgas en los Estados Unidos”, “Grandes motines obreros”, etcétera.

ⁱⁱⁱ José Martí, “El proceso de los siete anarquistas de Chicago”, en *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1964, t. 11, p. 55.

^{iv} “Karl Marx ha muerto. Como se puso al lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoja ver a un labriego, a un herrador, a un marinero [...] Karl Marx estudió los modos de asentar el mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra, los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo, lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha” (Ibidem, t. 9, p. 338).

^v “Del abuso de esta tierra pública, *fuerza primaria de toda propiedad*, vienen esas atrevidas acumulaciones de riqueza que arruinan en la competencia estéril a los aspirantes pobres; vienen esas corporaciones monstruosas, que inundan o encogen con su avaricia y estremecimiento la fortuna nacional; vienen esos inicuos consorcios de los capitales que compelen al obrero a perecer sin trabajo, o a trabajar por un grano de arroz; vienen esas empresas cuantiosas que eligen a su costo senadores y representantes; o los compran después de elegidos, para asegurar el acuerdo de las leyes que les mantienen en el goce de su abuso; y les reporten, con la autoridad de la nación, *nuevas proporciones de la tierra pública, en cuyo producto siguen amasando a su tremenda fuerza*” (Ibidem, t. 11, p. 19. El subrayado es de la autora).

^{vi} En aquellos momentos visitaban los Estados Unidos y Eleanor y Edward Aveling, hija y yerno de Marx respectivamente. George les conoció y, aunque ellos tenían algunas reservas sobre él como pensador, estuvieron de acuerdo con que los socialistas le dieran su apoyo (Charles Albro Baker, *Henry George*, Oxford University Press, Nueva York, 1955, p. 471).

^{vii} En las últimas décadas del siglo XIX, y principios del XX en diversos países del mundo se dejó sentir una ola de malestar y protesta agraria. No es de extrañar que, al menos en una parte de ellos, George tuviera una buena acogida.

^{viii} En este punto es necesario hacer una aclaración. Cuando las elecciones de 1886, Martí mostró su satisfacción por los resultados que obtuvo, en algunas ciudades de los Estados Unidos, el partido de las fuerzas obreras y populares coaligadas. Más adelante, cuando Henry George y otros grupos rompieron con los socialistas, Martí consideró que esta decisión era acertada porque permitiría obtener al nuevo partido el favor de numerosos votantes a quienes la alianza con los socialistas les hacía decidirse por otros partidos. Las nuevas elecciones mostraron a Martí que este tipo de arreglo no daba los mejores resultados, y que, lejos de obtener una mayor votación, el partido obrero había retrocedido en lo ganado. Es a partir de esta enseñanza cuando las crónicas del articulista cubano empezaron a insistir en la necesidad de la unión de los grupos obreros y a considerar la ruptura con los socialistas como la causa del retroceso del apoyo popular en las elecciones (José Martí, ob. cit., t. 11, pp. 188, 256 y 327).

^{ix} “Las riquezas injustas; las riquezas que se arman contra la libertad, y la corrompen; las riquezas que excitan la ira de los necesitados, de los defraudados, *vienen siempre del goce de un privilegio sobre las propiedades naturales, sobre los elementos, sobre el agua y la tierra, que sólo pueden pertenecer, a modo de depósito, al que saque mayor provecho de ellos para el bienestar común*. Con el trabajo honrado jamás se acumulan esas fortunas insolentes” (Ibidem, t. 12, pp. 250-251. El subrayado es de la autora).

^x “El Partido Revolucionario Cubano”, en *Obras completas*, ed. cit., t. 2, p. 335.

^{xi} José Martí, ob. cit., t. 11, p. 176.

^{xii} No se mencionan otras agrupaciones agrarias (Granges, Greenback, etcétera), igualmente importantes en esos años, porque es el alza de las Farmers’ Alliance lo que se refleja en las *Escenas*...

^{xiii} “... del Nordeste bajan los campesinos, envalentonados con su triunfo en las elecciones a tratar en la convención de Ocala de la defensa del interés agrícola y el modo mejor de ir sacando el país, poniéndose todos los pobres pecho a pecho, de la burla en que lo tienen ahora los monopolios, y los políticos hambrientos que los sirven” (José Martí, ob. cit., t. 12, p. 483).

^{xiv} Hay otros elementos comunes entre Martí y el programa del Partido Populista. A modo de interés pueden señalarse los más importantes: a) Creer en la crisis moral de la nación. b) Denunciar la corrupción electoral. c) Oponerse a la concentración de tierra en manos de los capitalistas y de propietarios extranjeros. d) Estar contra los monopolios. e) Desenmascarar la presencia de colosales fortunas como nunca antes se habían visto en la Unión. f) Proclamar

la necesidad de nacionalizar los servicios públicos. g) Estar en desacuerdo con la economía del *laissez faire*. Las discrepancias se observan en cuestiones como: 1) La nacionalización de la tierra. 2) Importancia concedida al problema de la moneda. 3) Demanda de un impuesto gradual sobre la renta.

^{xv} John Brooks, *The social unrest; Studies in labor and socialist movements*, Macmillan, New York, 1903, p. 58.

^{xvi} Ver, por ejemplo, José Martí, “Estados Unidos. Ojeada general”, en ob. cit., t. 11.

^{xvii} Cfr. “La religión de los Estados Unidos”, en ibídem, t. 11.

^{xviii} “Así que al llegar a las elecciones, que son como tahonas de ideas, hay siempre en el aire dos programas vivos, los dos programas perpetuos, el del poseedor y el del desposeído” (José Martí, ob. cit., t. 11, p. 566).

“Las elecciones cuestan mucho. Los capitalistas y empresas ayudan con los gastos de ella a los candidatos mentados; y éstos, una vez vencedores, pagan con su voto servil el anticipo de los capitalistas” (Ibídem, p. 16).

^{xix} “... la obra revolucionaria consiste en fundir y guiar todos estos elementos sin que ninguno de ellos adquiera un predominio desproporcionado...” (Ibídem, t. 1, p. 332).

^{xx} Ibídem, t. 2, p. 155.

^{xxi} Ibídem, t. 2, p. 177.

^{xxii} Ibídem, t. 2, p. 197. O también cuando dice: “Se habrá de defender en la patria redimida, la política popular, en que se acomoden por el mutuo reconocimiento, las entidades que el puntillo o el interés pudiera traer a choque” (Ibídem, t. 1, p. 319).

^{xxiii} Esta aspiración queda plasmada, por ejemplo, en su artículo del 3 de septiembre de 1887. dice: “En vez de un estado social donde unos cuantos hombres excepcionales se levanten por sobre turbas cada día más infelices, ¿no es lícito procurar, conservando en su plenitud los estímulos y el arbitrio propio del hombre, un estado donde, distribuyendo equitativamente los productos naturales de la asociación, puedan los hombres que trabajen vivir con descanso y decoro de su labor?” (Ibídem, t. 11, p. 283).

^{xxiv} Escribía Martí en *Patria*: “*Ancha es la tierra en Cuba inculta*, y clara es la justicia de abrirla a quien la emplee, y esquivarla de quien no la haya de usar; y con un buen sistema de tierras, fácil en la iniciación de un país sobrante. Cuba tendrá casa para mucho hombre bueno, *equilibrio para los problemas sociales, y raíz para una República* que, más que de disputas y de nombres, debe ser de empresa y de trabajo” (Ibídem, t. 2, p. 346. El subrayado es de la autora). En carta a Henríquez y Carvajal también decía: “...combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan —y permitan el desarrollo popular y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevará a la anarquía o a la tiranía” (Ibídem, t. 1, p. 111).

^{xxv} Ver en este sentido: “El Partido Revolucionario a Cuba” y “La crisis y el Partido Revolucionario” (Ibídem, t. 2, especialmente pp. 346, 367-369).

^{xxvi} Teniendo a algunos de ellos en mente, fue por lo que tal vez dijo: “... los hombres entusiastas que, en su aborrecimiento a la tiranía, admiran sin examen suficiente las instituciones del pueblo norteamericano, sin ver que ellos no han logrado impedir la conversión del yanqui demócrata y universal en el yanqui autoritario, codicioso y agresivo, y que las instituciones no son más que el reglamento de los derechos, que han de amoldarse al pueblo donde rijan, y lo trastornan más que lo sirven cuando no se conforman de primera mano a su naturaleza...” (Ibídem, t. 2, p. 76).

^{xxvii} Parece oportuno reproducir lo que respecto a este problema he hecho notar en el mencionado prólogo a *Cuatro intentos interpretativos*: “En lo que respecta a la valoración del abandono del liberalismo [...] es bueno recordar la propia historia de las ideas políticas en América Latina. Los finales del siglo XIX y los principios del XX traen ejemplos de liberales con tendencias antiimperialistas más o menos pronunciadas. El argentino Ernesto Quesada es uno de ellos y el presidente chileno Balmaseda puede ser otro. Pero en el primero el argumento se le extravía por la diferencia entre las razas latina y sajona, en esa forma típica de argumentar que con tanta frecuencia se encuentra en el liberalismo latinoamericano del siglo XIX. Y en el caso de Balmaseda su preocupación, como la de algunos chilenos en aquel momento, se refiere especialmente a Inglaterra, que entonces representaba una realidad histórica más apremiante. El mérito de Martí, entre otros, está en haber comprendido que los Estados Unidos significaban el nuevo imperialismo amenazador y juvenil, y, sobre todo, en haber elaborado una teoría social que, sin descuidar lo que realmente era políticamente efectivo en aquellos instantes, llegaba a una comprensión de los fenómenos en términos más profundos. Era la teoría por la cual el imperialismo emanaba como necesidad interna de un régimen de explotación y opresión como al que habían llegado los Estados Unidos a finales del siglo XIX. Es sólo en Martí que el desnudamiento imperialista significaba inseparablemente la lucha contra un sistema social determinado. Su aspiración implicaba, en definitiva, un nuevo tipo de sociedad democrática e igualitaria que se apartaba de la imagen liberal original, y que el antiimperialismo por sí solo no podía dar. Como tampoco sin antiimperialismo la imagen de esa sociedad hubiera sido completa y realista.

Asimismo, no está de más destacar, por una cuestión de reconocimiento histórico, que entre la suspicacia inicial de Bolívar contra los Estados Unidos y el antiimperialismo martiano —de núcleo racional-económico—, está la obra de ese injustamente poco recordado pensador de América [...] que fue el chileno Francisco Bilbao. El que fue socialista utópico como el argentino Echeverría y los jóvenes de *El Iniciador*, y el que desde décadas atrás decía: “Ya empezamos a sentir los pasos del coloso que sin temer a nadie, cada año, con su diplomacia, con esa siembra de aventureros que dispersa, con su influencia y su poder crecientes que magnetiza a sus vecinos, con las complicaciones que hace en nuestros pueblos, con tratados precursores, con mediaciones protectoras, con su industria, su marina, acechando nuestras faltas y fatigas, aprovechándose de la división de las Repúblicas, cada año más impetuoso y más audaz” (I. Monal, ob. cit., pp. 14-15).

^{xxviii} Al hacer esta afirmación no se ignoran los planteamientos del socialista cubano Carlos Baliño ni de los de algunos documentos obreros, por ejemplo en Chile, contra la penetración imperialista. En el primer caso hay que recordar que Baliño mostró su preocupación en este sentido con posterioridad a Martí. Y hasta cabe considerar si en ello no hay muestra de la enseñanza primaria. En cuanto al caso de Chile, aquellas declaraciones se referían esencialmente a Europa. Y la gran amenaza por entonces eran ya los Estados Unidos. Por eso se puede hablar del avizoramiento del político cubano.

^{xxix} Ver sobre este tema: “Nuestra América”, “Las guerras civiles en Sud América”, “La recepción en Filadelfia”, en *Patria*, “Carácter”, también en *Patria*, etcétera.

^{xxx} Ver, entre otros: “Nuestra América”, “Nuestras ideas”, “Manifiesto de Montecristi” y la carta a Henríquez y Carvajal de marzo de 1895.

^{xxxi} José Martí, ob. cit., t. 6, p. 46.

^{xxxii} “Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio” (Ibídem, t. 6, pp. 46-47).

^{xxxiii} Ibídem, t. 6, p. 48.

^{xxxiv} Ibídem, t. 6, p. 46. (El subrayado es de la autora)

^{xxxv} Cf. Ibídem, t. 12, p. 258.

^{xxxvi} “El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; [...] En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no existen la claridad y el patriotismo que los pudieran resolver... Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahíto de productos... Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se encierra y está lleno de odios. Del Norte hay que ir saliendo” (Ibídem, t. 2, pp. 367-368).

^{xxxvii} Ibídem, t. 4, p. 167. Un documento de Juan Gualberto Gómez, altamente significativo, arroja luz sobre esta cuestión de la estrategia martiana. El patriota cubano destacaba que una de las ideas directrices del movimiento de 1895 —compartida por Maceo— fue procurar a todo trance que la República “naciera sin compromiso ninguno con nuestros vecinos sajones y afirmara su existencia principalmente en la solidaridad con la América española [...] Martí confiaba en que, al mostrarse potente el movimiento revolucionario —como se mostró, por ejemplo, a raíz de la maravillosa invasión— pudiera producirse una mediación amistosa de todas las repúblicas sudamericanas, que interponiéndose entre Cuba y España... pusiese término a la guerra...” (Juan Gualberto Gómez, “La Revolución del 95; sus ideas rectoras, sus métodos iniciales, y causas que la desviaron de su finalidad”, en *El Figaro*, La Habana, 20 de mayo, 1902).

Recebido em 23-06-2019

Aprovado em 07-09-2019